

escenario *Sor Consolación o la expulsión de las Madres de la Caridad*, parto bien desafortunado de un mocho poblano y con un éxito a la altura del tal esperpento teatral, perpetrado en octubre del mismo año.

Por su parte, Guasp, respondiendo al empeño del Gobierno, se lanzó en un franco período de estrenos de autores nacionales, entre ellos: *La otra vida*, de MONROY; *Los amigos peligrosos* y *El precio de un rescate*, de RAMON MANTEROLA.

En el Nuevo México, la Cañete, emulada por Guasp, estrenó *Isabel Lupouloff*; *Mundos imaginarios* y *mundos reales*, del mismo Manterola.

En esos días suscitóse una dificultad con motivo de la censura de las obras; se declamó a más y mejor contra el Liceo, abonándole como obra de su apasionamiento el juicio que respecto de algunos dramas emitió esta corporación, y no a un sentimiento de justicia. Parece ser que tras de ello no se escondía sino la oposición que los porfiristas hacían a don Sebastián, hasta en sus últimos reducidos. Desde luego, Guasp, necesitaba atenerse, para llevar o no las obras a escena, al juicio que respecto de ellas emitieron los peritos en la materia: el público merece respeto. Y los escritores que sobre ellos rendían dictamen y formaban parte del Liceo, eran ni más ni menos que Zarco, Zamaco-

na, Bocanegra, Cuéllar, Pablo Villaseñor, José María Vigil, Tovar, Juan Valle y tantos otros igualmente prestigiados. La controversia no dejó de reportar sus beneficios, según más adelante veremos.

El 11 de enero de 1876 estrenó Guasp *Hasta el cielo*, de JOSÉ PEON CONTRERAS, y poco después *Deberes y Sacrificios* del mismo aplaudido cuanto fecundo autor. Llevó el mismo Guasp al escenario *El pan de cada día*, de José Rosas Moreno, que le fue muy aplaudido por su interés y hermosísima versificación.

Enunciamos que no dejó de tener sus provechos la controversia iniciada con motivo de la censura de las obras dramáticas, y con efecto, de ella se desprendió el nacimiento de la Sociedad Alarcón, fundada para defender los derechos de los autores mexicanos. La regentearon Esteva, Peón Contreras y el ilustre cubano José Martí.

En el Teatro Nuevo Mexico, la Cañete estrenó la obra de ALBERTO BIANCHI *Martirios del pueblo*, con beneplácito de los leaders de la oposición al ilustre Lerdo, que preparaban el campo al eterno agitador en contra de Juárez y D. Sebastián, sin pensar que con Tuxtepec empezaría la época más triste para la producción nacional. El Príncipe de la Paz iba a dar cuenta bien pronto de todos aquellos



ingenios en una administración sin más ideales que dominar y hacer negocios. Por lo demás, bien poco o nada valía la obra de Bianchi, que no pasó de tener un vulgar éxito de ocasión.

En mayo de ese año estrenó Peón Contreras su obra maestra, *La hija del Rey*, que le valió el homenaje de todos sus contemporáneos; obra que aún a la fecha arranca el aplauso espontáneo debido a las altas creaciones del humano ingenio. En las obras del teatro romántico, de reconstrucción histórica, de capa y espada, Peón Contreras tiene, a no dudarlo, el más alto lugar.

ESTEVA estrenó *El hombre adúltero*, con mal éxito, y Peón Contreras, en el mismo Principal, *Un amor de Hernán Cortés*, muy inferior a sus otras obras de ese género. No gustó, y no fue más afortunado en su drama *Luchas de honra y amor*, todavía inferior a la anterior.

ANTONIO ZAVALA, en el Nuevo México, estrenó *Misterios de la vida*, sin novedad digna de consignarse, y Bianchi *Del dicho al hecho*, un poco más afortunado que sus famosos *Martirios del pueblo*.

En el Nacional debutó en julio la célebre María Rodríguez, la más completa, quizá la única trágica entre las actrices españolas. ¿Y el público? Peor es meneallo: no disturbemos su

delectación . . . tal vez esté refugiado en este o aquel teatracho, entregado a la triste tarea de retardar su mejoramiento.

Guasp, el infatigable Guasp, avivaba el fuego sacro de nuestra producción nacional (¡y era español!) y estrenó la obra de Peón Contreras *Juan de Villalpando*, muy aplaudida; *Ambición y coquetismo*, de SEGURA, y *Churubusco*, de Monroy, todas ellas durante los meses de agosto y septiembre. En octubre el hermosísimo drama, de Rosas Moreno, *Sor Juana Inés de la Cruz*, modelo en su género por su inspirada teatralidad y su impecable versificación. Ese mismo mes estrenó *Impulsos del corazón*, desafortunadísimo drama de Peón Contreras; tan desafortunado o más quizá que su siguiente estreno *Esperanza*. No era Contreras para el drama de corte moderno.

La Paz de los treinta y cinco años. - -

No todo había de ser desastres para el innegable genio creador de Peón Contreras, y su obra *Antón de Alaminos* fue toda una reivindicación; es esta obra dignísima hermana de *La hija del Rey*. La misma lisonjera fortuna y el mismo franco aplauso al-



canzó en *Gil González de Avila. La conjuración de México* de GUSTAVO BAZ; *María*, de Obregón, *Amor con amor se paga*, de Martí y *El esclavo*, de Zayas Enriquez, fueron otros tantos triunfos para el arte nacional y que deben abonarse por igual a Guasp, a Concha Padilla y al estimable grupo que les secundaba en su noble tarea.

En Nuevo México estrenó SOSTENES LIRA, (¡qué nombrecito!) un aborto de su ingenio: ¡*Maldita sea la reelección!*, aderezado en contra de Lerdo y dedicado al presidente Díaz, sin más resultado que convencer a este último de que debería reelegirse indefinidamente.

En febrero se estrenó en Arbeu *El beso*, de CARLOS ESCUDERO, y fue muy aplaudida.

La Peralta hizo una buena temporada iniciada en mayo, y la cual se prolongó por más de cuatro meses, estrenándose durante ella *Gino Corsini*, de Melesio Morales. El éxito pecuniario en un principio no respondió al artístico; pero con *Aída*, montada por la Peralta como no se ha vuelto a ver ni oír, valió a nuestra gloriosa cantante un ingreso de tal cuantía, que la resarcó de sus anteriores pérdidas con largueza.

El fecundo y laureado Peón Contreras estrenó en agosto *El conde de Peñalba*; Villalobos, *Amor de los*

*amores*; y en el Principal, CHAVERO obtuvo un gran aplauso con su *Xó-chitl*, el 26 de septiembre. Mateos se vió igualmente aplaudido en su delicada producción *El otro*. AGAPITO SILVA estrenó en Hidalgo *Después de la falta*, y doña MARIANA PEÑA Y FLORES, en un teatrúcho de Betlemitas, hizo representar sus obras *Vicio y virtud* y *Los dos sordos*.

El 2 de diciembre, y en medio de un fracaso por demás escandaloso, se estrenó *El corazón y la espada*, si bien es de justicia abonar al autor el pudor de haber conservado el incógnito. El 16 de diciembre estrenó Mateos *Los grandes tahures*, que le valieron una ovación, y en ese mismo mes, Peón Contreras y Chavero se vieron por igual aplaudidos en el estreno de su drama *La ermita de Santa Fe*. Esa misma noche estrenaba Chavero en el Principal *Bienaventurados los que esperan*, y, teniendo necesidad de estar pendiente de los dos públicos que reclamaban por igual al autor, y no teniendo, como San Carlos el don de la ubicuidad, hubo de conformarse con media ovación en cada teatro.

Bien desafortunado estuvo Peón Contreras, en enero de 1878, en el estreno de *Entre mi tío y mi tía*, juzgado severamente por los críticos y el público.

En el Principal, el Coronel Adolfo Obregón lanzó su cuarto a espadas



la noche del 23 del propio mes, con *La mano de Dios*. El éxito más lisonjero debe anotarse a Mateos con *Los dioses se van*, aderezada contra la juventud dorada de aquellos días; son de seguro los "muy señores nuestros de hoy." Entre protestas y aplausos caminó la obra, que, de seguro, había hecho blanco, y así se comprende que en una de las tantas ovaciones otorgadas al autor, los "gomosos" le hubieran otorgado, por su parte, una serenata de silbidos y una corona de alfalfa, enviada desde las galerías al escenario.

Mateos llevó a la escena un arreglo de *El hombre que ríe*, bien desafortunado por señas.

El 23 de marzo se representó en el Principal *El valle de lágrimas*, de Chavero, y días después, con mayor aplauso que la anterior, estrenó su nueva obra *Quetzalcoatl*.

Por esos días llegaron a México la célebre Pezzana y Atilio Fabri, los cuales estrenaron en 20 de junio de 1878, *Doña Leonor de Sarabia*, de Peón Contreras, y el día 4 de julio, *Sin esperanza*, del fecundo Chavero.

El mismo mes debutó en el Principal Rosa Palacios, cariñosamente designada por la Calandria Mexicana; de allí hasta el fin de su breve carrera, ya cantando zarzuelas o mutiladas óperas, cosechó aplausos a granel.

A mediados de febrero de 1879, se cantó en Arbeu *El paje de la Virrey-na*, zarzuela de Chavero y Austri; y ese mismo mes estrenó Estrada en el Nacional *La monja alférez*, de Mateos, con entusiastas aplausos. (27 de abril.)

Con artistas mexicanos y españoles formó Guasp la mejor compañía de cuantas actuaban a la sazón; entre otros elementos tenía los siguientes, bien valiosos: Concha Padilla, María de Jesús Servín, Matilde Navarro, Magdalena Padilla, José Cisneros, José Zendejas, Pedro Servín y otros.

En mayo arribaron al país José Valero y la eminente Salvadora Cairón, que abrieron una nueva temporada en la cual representaron las obras mexicanas *El testamento de Acuña*, de CECILIO VEGRAMONTE, *El capitán Pedreñales*, de Peón Contreras, y a beneficio de la Cairón, el 17 de julio, *Sofía*, de VICENTE MORALES.

En el Principal se estrenó *Entre dos deberes*, de IGNACIO RUEDA DE LEON, y *Vivo o muerto*, de Peón Contreras, habiendo sido igualmente aplaudidos uno y otro autor.

En 1880, estrenó Chavero en el Principal *El autor de su desdicha*, y el mismo citado autor, el 2 de octubre del mismo año, estrenó con aplauso más franco, en el Arbeu, *El mundo de ahora*; el día 12 del propio mes se llevó a la escena una nueva y



aplaudida producción del mismo, titulada: *El aviso del puñal*. Ese mes estrenó Mateos *La rubia y la morena*, y Bianchi, el 7 de julio, su *Sofía*.

Un año hacía que por primera vez había llegado a México don Leopoldo Burón, distinguido actor cubano que, con varia fortuna, trabajó en el país hasta hace unos pocos años. Sus excelentes facultades le valieron aplausos por toda la República, si bien, y por desgracia, fue el culpable de haber propagado por toda ella las peores obras del teatro romántico francés: dramas espeluznantes, patibularios.

El 1º de mayo de 1881 fue muy aplaudido JAVIER SANTA MARÍA en su drama *Como hay muchos*; iguales aplausos cosechó Mateos en el Principal con *El ave negra*.

Ese mes se presentó en México Julio Perié, excelente cantante y actor, pero, sobre todo, infatigable director de escena. Fue profesor de Declamación de este Conservatorio.

En agosto de tal año tuvo Chavero un sonado fracaso en su drama *El huracán de un beso*, estrenado en el Principal: por lo demás, él mismo tenía de seguro mal concepto de su obra y la dió a luz, resuelto a guardar el incógnito; no le valió el buen propósito y el "monstruo" volvió por los fueros de su malhadado abolengo. No fue más afortunado Mateos en *La polonesa crema*.

En revancha de su fracaso, volvió Chavero por su nombre en buena lid conquistado, y *Los amores de Alarcón* fueron para él una amplia reivindicación; quizá sea su mejor obra.

Cierra el año la apertura de una temporada de ópera, en cuyo cuadro figuraba la célebre Theo, y un cuadro de drama italiano con la estrella Adelaida Tessero.

Concha Padilla y Servín, estaban refugiados en el Arbeu, con un regular cuadro, dirigido por Alonso y Escanero. Precisamente por esta época comenzó a llamar la atención del público, por su estudio y decidida vocación, Agustín Campuzano, tal vez el mejor actor de su tiempo y que, al par que Francisco Solórzano, recorrió la República en medio de aplausos bien merecidos.

El día 2 de septiembre de 1883, supo México, en medio de la mayor consternación que el 30 de agosto, víctima de la fiebre amarilla, había fallecido la más alta de las artistas mexicanas, la nunca bien llorada Angela Peralta, que hasta hoy día de la fecha no tiene en la República un monumento digno de su gloria... *¡sic transit gloria mundi!*

El 1º de marzo de 1884 se estrenó la deplorable pantomima *San Felipe de Jesús, proto-martir mexicano*



*martirizado en el Japón*, que todavía hace las delicias del buen público de jalcalones.

En mayo de ese mismo año estrenó MIGUEL ULLOA, *Abismos de la pasión*, interpretada por Leopoldo Burón, y en el Hidalgo, el Lic. JESUS CUEVAS obtuvo un estimable éxito en su *Magdalena*. En el Principal, a Servín tocó la fortuna de interpretar la obra *Después de la muerte*, del poeta potosino MANUEL JOSE OTHON, el más alto representante de la poesía en México hasta finalizar el siglo XIX. La misma compañía estrenó *Margarita*, de JULIO ESPINOSA; *La mejor venganza*, de EDUARDO NORIEGA; *Un viaje al otro mundo*, de JOSE VIGIL Y ROBLES, y *En el umbral de la dicha*, de Peón Contreras, sumamente aplaudida.

En 1888, a la edad de 23 años, debutó en *La Traviata* Adrián Guichéné, estimable Profesor en este Conservatorio.

Solórzano interpretó en Arbeu el monólogo de JUAN DE DIOS PEZA *Escribiendo un drama*, y tanto para el poeta como para el actor, fue un triunfo espléndido. El mismo Solórzano estrenó en octubre, *Calumnia*, de Espinosa.

Cerró con broche de oro el año la temporada de ópera en que brillaba la graciosa Judic.

En agosto de 1886 representó Solórzano *El ramo de azahar*, de Espinosa, en Arbeu.

Este año justamente, tuvo México la dicha de oír a la incomparable Adelina Patti, en una serie de conciertos, habiéndose efectuado el primero el 31 de diciembre. De todas partes de la República acudieron por oír; sólo tres semanas estuvo entre nosotros. México pudo aplaudirla en la plenitud de su edad, su hermosura y sus facultades.

Fue un año afortunado: apenas nos dejaba la Patti cuando se anunció la llegada de la maga Sahara Bernardth, la inmensa trágica francesa. Diez noches que nadie olvidará: diez noches en que el entusiasmo rayó en el delirio y en que pudo dejar de manifiesto la egregia francesa el dictado de *única*, que sus compatriotas le dan.

¿Y el público? ¿No recuerdas, amigo lector, los sitios en que le dejaste allá cuando las inolvidables veladas de la Civili, Ristori, Pezzana . . . etc? Pues si tienes empeño en buscarle, hacia aquellos tugurios de arte ínfimo debes guiar tus pasos . . . o a la Cámara de Diputados, en donde puedes oír deshonar la tribuna a tres o veinte Padres de la Patria (?) que proclaman, para vergüenza suya y nuestra, lo que sigue: ". . . Sólo el sentimiento exagerado de unos cuantos puede condenar el espectáculo a



que se refiere el art. 87, porque la gran mayoría afirma que en esa clase de fiestas debe señalarse una costumbre nacional, determinada por una afición peculiar de nuestra raza, que revela sus precedentes históricos y que marca, al mismo tiempo, el genio e índole propios de nuestro pueblo. . . ” Y así consiguió aquella comisión de Diputados, que volviesen a señorear en nuestro pobre pueblo sus instintos. Ese honor, el honor de haber restaurado la brava fiesta, los toros, corresponde, entre otros, a don Ramón Rodríguez Rivera y don Tomás Reyes Retana. El que dió fuego a la famosa Biblioteca aquella, también pasó a la Historia, ¡qué caramba!

Por entonces comenzaron justamente a llamar la atención, entre los cantantes de zarzuela, el barítono Enrique Labrada y el tenor José Vigil y Robles. Uno y otro tenían legítimo título para ello.

En abril de 1887, el literato yucateco MANUEL PEREZ BIBINS, estrenó su bien versificado drama *Cristóbal de Olid*, que le valió palmas ganadas en noble liza. Juan de Dios Peza, por su parte, llevó al teatro una zarzuela de mediano mérito, *El Capitán Miguel*, en la que debe tenerse en cuenta su plausible tendencia hacia el nacionalismo.

No todo habían de ser fracasos para Bianchi, y casi se hizo perdonar



Virginia Fábregas



sus desastrosos *Martirios del Pueblo*, con su bien logrado drama *Vampiros sociales*, llevado a la escena en 12 de julio del mismo año, que le fue muy aplaudida, tanto como a Ulloa *El último drama*, representado en el Nacional, el 15 de diciembre.

El 5 de febrero del año de 1888, José Monroy llevó a la escena el drama *Herachio Bernal*, escrito en unión de Francisco Gutiérrez Solórzano, sin que hasta la fecha se haya podido dilucidar quién escribió la parte peor del esperpento aquél.

El 16 de julio del mismo año, y siendo aún muy joven, hizo su primer ensayo en la carrera en que tan legítimamente ocupa el puesto máximo entre actrices y artistas, la bellísima Virginia Fábregas.

Nació esta infatigable luchadora que ha llevado en hombros la escena mexicana, que ha llevado al viejo mundo el nombre de su país, en Yautepec, Estado de Morelos, en 1872, debutando en forma . . . no anticipemos los acontecimientos.

Una brillante temporada de comedia francesa, en la que figuraban las glorias mundiales Coquelin y Jane Hading, y a poco el arribo de la célebre compañía dramática italiana de Giovanni Emanuel, la más completa quizá de cuantas nos han visitado hasta hoy día, son los acontecimientos más notables del año de 1889.



El año siguiente la célebre diva Patti y el ilustre tenor Francesco Tamagno, llenaron, en las pocas noches que entre nosotros estuvieron, de bote en bote el teatro Nacional, que no volvió a regocijar su recinto con tan altos timbres sino al arribo de la compañía de ópera inglesa de Emma Yuck, que nos proporcionó la delicia de oír — la única vez — *La Walkiria*, de Wagner, y muchas obras más de igual renombre.

Como entre la producción nacional no volvemos a encontrar algo digno de detener nuestra atención, volvamos a la benemérita Virginia Fábregas que, discusiones a un lado, tiene en su abono la gloria de haber dignificado la escena; de haber tendido sus brazos a los autores nacionales, estimulándoles, como la que más, para recorrer eso que tan justamente ha dado en llamarse *calvario de los autores*.

Quiero dejar la palabra a don Enrique Olavarría y Ferrari que, hablando de esta eminente actriz, dice:

“El sábado 30 de abril de 1892, en segunda función de abono, con *Divorciónos*, arreglo de Manuel Catalina y Ceferino Palencia, se presentó Virginia Fábregas, habiendo dicho en el programa de anuncio: “Confía que sus compatriotas le dispensarán una benévola acogida, puesto que al empezar su carrera artística, lo hace

confiada en el cariño que en otras ocasiones le ha demostrado el público mexicano y sin pretensiones de ningún género.” . . . “huérfana de padre casi en los primeros meses de su vida; precisada a los doce años apenas, a ganarse la vida con su trabajo personal, empleada como Ayudante en la Escuela de Sordo-mudos, con pobrísimo sueldo. Tales fueron los tristísimos primeros capítulos de su historia. Las aspiraciones a un porvenir menos estrecho, su ansia de trato menos penoso que el de los sordo-mudos, determinaron sus aficiones al teatro.” . . . “la sociedad *Carlos Escudero* la invitasen a tomar parte en sus veladas dramáticas, y Virginia se presentó en el monólogo *Las primeras nubes*, y en *Lo Positivo*, *De mala raza*, *Pobre porfiado*, *Los hugonotes*.” “Su creciente nombradía influyó en que Leopoldo Burón le brindase desde la Habana con un buen contrato, que la Fábregas aceptó como un medio honroso para ser útil a su familia.” “Por eso, cuando la crítica la hirió duramente, ella, buscando en lo íntimo de su alma y en la satisfacción de sí misma la recompensa a sus sinsabores, dijo a un amigo, con acento de inexplicable amargura: “Crea usted que eso me entristece y apenas profundamente; pero la idea de que mis sufrimientos los origina el bienestar de mi fa-



milia, me consuela y me da ánimo para continuar en la carrera que he emprendido.”

Tal fue la iniciación de esta privilegiada actriz, la más aplaudida de cuantas artistas nacionales han pisado la escena hasta nuestros días; la única que, a falta de recompensa por parte de sus compatriotas, puede ostentar sobre su pecho las Palmas Académicas que Francia le concedió como homenaje a la actriz y como pago a la divulgadora en México de la literatura dramática de aquel cultísimo país.

Terminan aquí estos mal perjeñados apuntes de la Historia del teatro en México, y forzoso es confesarlo: si recordamos lo que por teatro nacional se entendió en Grecia; los motivos que tuvimos para afirmar “Roma no tuvo teatro nacional,” tenemos de confesar que no hemos tenido sino los balbuceos de algo de lo que en mejores días podrá llamarse *teatro mexicano*.



Indice